

DOCUMENTOS

66ª CONFERENCIA DE LA UNION INTERPARLAMENTARIA
SEPTIEMBRE 1979 / CARACAS - VENEZUELA



Discurso del Ex-Presidente de la República

Dr. RAFAEL CALDERA

en la instalación de la 106a Reunión del Consejo
de la Unión Interparlamentaria Mundial - Caracas, 14 de abril de 1971

Address by the Ex-President of the Republic

Dr. RAFAEL CALDERA

at the opening session of the 106th meeting of the
Council of World Interparliamentary Union - Caracas, April 14th, 1971

EDICIONES DEL CONGRESO DE LA REPÚBLICA
CARACAS/VENEZUELA/1979

Discurso del Ex-Presidente de la República
Dr. RAFAEL CALDERA
en la instalación de la 106a Reunión del Consejo
de la Unión Interparlamentaria Mundial - Caracas, 14 de abril de 1971

EL PRESTIGIO DEL PARLAMENTO ES EL PRESTIGIO DE LA DEMOCRACIA

Ha sido voluntad del Congreso y es sentimiento general de los venezolanos, que exprese en esta solemne oportunidad la más calurosa bienvenida de parte de nuestro país. Quiero hacerlo como antiguo parlamentario que tuvo el honor de asistir a algunas importantes conferencias de la Unión, y a quien correspondió el privilegio de presidir la primera delegación de Venezuela, al incorporarse al seno de este importante organismo.

Quiero hablar con palabras sencillas, sinceras y cordiales. El país entero, acogiendo la voluntad de su parlamento, ha dispuesto revestir de toda solemnidad esta reunión, para expresar cómo siente profundamente la vida de la institución parlamentaria, en la convicción de que un parlamento representativo del pueblo, dinámico y eficiente, constituye la mejor defensa de la democracia, de lo que ella significa, de la participación fundamental del pueblo en la decisión de su destino, y de valores muy importantes por los cuales ha luchado y sufrido toda la humanidad.

Sabemos muy bien que en estos tiempos el cuestionamiento de la democracia gira alrededor de la institu-

ción parlamentaria, y que es el prestigio del parlamento el que fundamentalmente resguarda el prestigio de la democracia representativa. Todo golpe de fuerza va directamente contra la institución parlamentaria, es su objetivo inicial y fundamental, y en una experiencia vivida intensamente, países de América Latina como el nuestro, saben perfectamente que la búsqueda de un destino superior está en mejorar, fortalecer y renovar su institución parlamentaria, y que el fracaso de la misma arrastra, irremisiblemente, el hundimiento de una serie de conquistas inapreciables que garantizan el desarrollo del espíritu humano y la defensa de los derechos del pueblo. Ese prestigio del parlamento supone una revisión de su propia estructura, y ustedes, representantes de todos los parlamentos del mundo, así lo entienden y se preocupan por analizar cuáles son los mecanismos más apropiados para que en su seno la palabra no se ahogue nunca, pero sin que el exceso verbal asfixie lo fundamental, que es servir a las finalidades esenciales de la comunidad.

Sabemos que el parlamento es discusión, es contraste y es consenso, y que, por encima de las negociaciones, todo fracasaría si no estuviera siempre vivo y presente el hecho de una afirmación fundamental, que es creencia, es convivencia, es respeto recíproco, es saber escuchar, es discutir sin aniquilarse, es, indispensablemente, algo que, como un tesoro, tenemos que conservar y acrecentar, y en la Unión Interparlamentaria, con su contacto permanente de todos los hombres, y de todos los pueblos y aún de todos los sistemas políticos, hay el reconocimiento fundamental de que el derecho de la representatividad popular y la expresión de sus inquietudes y preocupaciones, debe ser asegurado, mantenido y aumentado en todos los

países, para que la humanidad pueda encontrar la verdadera paz, la posibilidad de resolver sus terribles problemas y de poner a andar a todos los pueblos hacia la búsqueda del bien y la felicidad.

Hace unos cuantos años, Cecilio Acosta, un gran intelectual venezolano —testigo de excepción del nacimiento de nuestra República, de su desarrollo, de sus conflictos, que condujeron a la guerra civil y a la pérdida de nuestras libertades, hacía el análisis de las causas de aquel duro fracaso político, y señalaba que no era una fatalidad de clima, que no era una consecuencia de nuestra integración racial, que no era el efecto de un desgraciado atraso cultural lo que explicaba, en definitiva, la dura experiencia venezolana. Era el odio político, era el haber desencadenado las pasiones por encima de todas las barreras, era el haberse pretendido ignorar los unos a los otros, lo que nos sacó de los cauces de la lucha dentro de las instituciones civilizadas y nos llevó a dividir en crueles y destructivas contiendas, las diferencias que han debido vencerse y resolverse a través del empeño creador de nuestro pueblo, que en más de una ocasión ha dado testimonio de su inmensa capacidad para asimilar y crear lo que más sirve para exaltar el espíritu humano.

LA SINCERIDAD DEMOCRATICA

Nosotros creemos en el papel del parlamento, que reposa fundamentalmente en la sinceridad democrática. Papel del parlamento que, en este momento de crisis, tiene la obligación de orientarse hacia la realización del cambio social en todas las formas, con todos

los matices y en los tonos diferentes que imponen las distintas realidades, pero que deben estar inspirados profundamente por los mismos anhelos de paz y de justicia. Papel del parlamento, que ha de hacerse, para una inmensa porción de la humanidad, el instrumento eficaz del desarrollo, audaz en sus concepciones, consciente en sus realizaciones, y siempre dispuesto a expresar con profunda sinceridad, los verdaderos anhelos y las necesidades de los pueblos a los cuales representa. Sentimos que en este momento los países desarrollados están comenzando a mirar en el interior de su propia conciencia, para poder interpretar las graves dificultades que se experimentan en el mundo; y pensamos que son los parlamentos de unos y de otros, los llamados a concientizarse a sí mismos y a concientizar a los pueblos, para que éstos puedan responder a las exigencias de la justicia y para que las declamaciones solemnes no conduzcan a un mar de frustraciones, sino para que las realidades alcanzadas a través del reconocimiento de principios superiores que deben regir a la humanidad, puedan lograr el éxito que estamos obligados a buscar en esta oportunidad excepcional de la historia del mundo.

He estado viendo algunas de las importantes ponencias presentadas en esta centésima sexta reunión del Consejo de la Unión Interparlamentaria, y he encontrado allí temas y planteamientos que representan mucho, como posibilidad creadora, en las futuras relaciones de los pueblos. Hay una ponencia en la cual la delegación de un país desarrollado manifiesta que es un problema interno de cada uno de esos países industrializados, ayudar a la opinión pública a entender mejor la política del desarrollo en este mundo, donde todos los pueblos son interdependientes.

La Unión Interparlamentaria ha urgido a todos los parlamentos a adoptar e implementar la estrategia internacional del desarrollo, y ha hecho sus planteamientos en el momento en que se inicia la segunda década del desarrollo, proclamada por las Naciones Unidas el 24 de Octubre de 1970. Frente a esta cuestión debo decir como gobernante, pero más aún como ciudadano de un país en desarrollo y como hombre que aspira a una humanidad mejor, que la eficiencia y responsabilidad de los parlamentos en la interpretación de estas cuestiones, sigue siendo nudo, dificultad, pero, al mismo tiempo posibilidad central de los logros que la humanidad debe plantearse en el momento actual.

Muchas veces los gobiernos llegan a entender, más o menos, los planteamientos que formulan, en nombre de muchos pueblos, otros gobiernos que se sienten responsables del destino de sus comunidades. No es escasa la situación en la cual las buenas intenciones naufragan ante la resistencia de los parlamentos que, por expresar quizás visiones un poco limitadas de los electores, en vez de asumir una función rectora para hacer llegar, hasta quienes los han enviado a sus curules, la comprensión de los problemas, se dejan arrastrar en algunos momentos por negaciones que van llenando de escepticismo el espíritu de los pueblos a los que se les han formulado grandes promesas de cooperación internacional.

UN PUEBLO AISLADO, YA NO TIENE SENTIDO

La Unión Interparlamentaria lo entiende así; y debo manifestar que me causa profunda impresión la

modernidad de sus planteamientos, la inquietud de las cuestiones que aquí se formulan, la franqueza con que se señalan los métodos para lograr objetivos fundamentales de amistad, de integración y de intercambio. Como participante en las reuniones de la Unión Interparlamentaria Mundial, alguna vez he sufrido la crítica que a todos se nos hace de que reuniones como ésta puedan significar en ocasiones una especie de alto turismo político internacional. Hay muchas clases de turismo, y si esta actividad representa una industria que en los mismos planes del desarrollo se señala como correctivo de las grandes desigualdades, porque las regiones con menos recursos económicos y con mayores riquezas naturales perciben así un algo de lo que sobra en las regiones más desarrolladas e industrializadas, desde el punto de vista económico, lo fundamental que debemos encontrar en la constante emigración de los hombres, de unos pueblos a otros, es el conocerse, el estimarse, el discutir, el presentar en la contradicción civilizada los diferentes puntos de vista, y el de sacar conclusiones de que un pueblo aislado, un continente aislado, por grande y poderoso que sea y por abundantes que sean sus recursos, ya no tiene sentido ni posibilidades de desarrollo —y mucho menos de poseer una mirada segura hacia el porvenir— si no se logra una armonía y un entendimiento entre todos los pueblos sobre valores que están presentes en la conciencia del más humilde de los hombres.

Al servir de anfitrión para la reunión del Consejo de la Unión Interparlamentaria Mundial, el Congreso venezolano se presenta con modestia, pero con satisfacción, como un parlamento abierto, donde tienen cabida todas las ideas, donde tienen presencia to-

dos los hombres, donde basta un cero punto 55 por ciento de los sufragios emitidos o quizás algo menos, para tener asegurada voz y voto cualquier sector de la comunidad. Y dentro del permanente discutir de la dialéctica constante que representa la institución parlamentaria, dentro de las dificultades e insuficiencias de la mecánica parlamentaria, estamos logrando crear en el país, en los otros órganos del Estado y dentro del propio parlamento, la conciencia de que todos somos fundamentalmente una unidad armónica; que para servir a la comunidad es necesario formar parte de ella, y que la división de los poderes ya es una concepción superada, dentro de la cual cada rama del Poder Público tiene sus funciones y sus responsabilidades específicas, pero todas ellas constituyen la parte de una unidad orgánica, cuya obligación en definitiva es responder a las necesidades y exigencias del país.

Aquí tenemos fe en la democracia, porque la hemos vivido en medio de muchos sufrimientos, porque no es para nosotros una actitud meramente formal, sino la expresión de un anhelo que fue decantándose y purificándose en el espíritu nacional a través de largos contratiempos y porque sabemos que no hay objetivo que no pueda lograrse por medio de las instituciones democráticas, cuando ellas quieren responder a sus finalidades; porque los logros obtenidos son más sólidos, más permanentes y más representativos, cuando no significan la voluntad unipersonal de un gobernante o la imposición interesada de un grupo, sino el resultado de la conjugación de los puntos de vista de todos los diversos sectores que integran la vida de una colectividad.

Sabemos, además, que ese parlamento necesita para vivir y proyectarse un ambiente adecuado y propi-

cio, y por esto la prensa y los demás medios de comunicación social, son, en cierto modo, una especie de prolongación del parlamento, dentro de los cuales todos los grupos y las opiniones tienen la oportunidad de expresarse.

EL CABILDO ABIERTO

En la vieja arquitectura jurídica de nuestra sociedad colonial había la institución del Cabildo Abierto, que reunía en torno a la corporación municipal a todos los ciudadanos que, en solemnes ocasiones, concurrían a la plaza pública para hacer sentir su presencia. A mí se me ocurre que, en cierto modo, la prensa y los medios de comunicación social son una especie de parlamento abierto, donde siempre está la oportunidad, para todo el país, de manifestarse y expresarse; donde aquellos grupos o tendencias u opiniones que, por una circunstancia u otra, no han tenido la oportunidad de expresarse formalmente dentro del parlamento, también pueden hacerse presentes, lograr que se esuche su voz y hacer que se vuelvan hacia sus planteamientos, a sus puntos de vista o intereses, los ojos de la comunidad. Pero especialmente desde el punto de vista de las relaciones internacionales, hay un tema que nos es especialmente caro y sobre el cual nos sentimos obligados a referirnos, cada vez que se congrega un grupo de personalidades influyentes en la vida de los distintos países de la Tierra: creemos que es necesario llevar a la realidad del orden jurídico, la Justicia Social Internacional. No se explica cómo una humanidad, que a través de un siglo ha logrado imponer la justicia social como norma de las relaciones domésticas en el seno de cada país, pretenda todavía se-

guir llevando las relaciones internacionales por los viejos principios, por los antiguos moldes de la justicia conmutativa, partiendo de una igualdad jurídica que debemos afirmar en los hechos y que muchas veces se desconoce en las realidades, pero pretendiendo desconocer las diferencias de poder, de riqueza, de influencia o de necesidad, que existen entre las diversas regiones de la Tierra. No queremos más tratados de comercio en los cuales los países pobres y los ricos regulen sus relaciones como si pretendieran ignorar las mayores capacidades y las mayores responsabilidades de cada uno; no podemos admitir que la cooperación internacional para el desarrollo sea una especie de filantropía caprichosa o un instrumento de imposición forzosa de determinadas actitudes o de determinadas normas de política. Si existe la comunidad internacional, tenemos el derecho a reclamar lo indispensable para que esa comunidad funcione; y así como en el seno de cada país, cada hombre tiene una serie de derechos fundamentales establecidos en las constituciones, así, dentro de la comunidad mundial, cada pueblo tiene el derecho a vivir, a desarrollarse y a transformarse, para darle a los suyos la posibilidad de participar en el progreso de la humanidad y en los beneficios del avance tecnológico y económico.

DESIGUALDADES ENTRE LAS NACIONES

Creemos en la Justicia Social Internacional, y encontramos en las ponencias planteadas para esta reunión del Consejo de la Unión Interparlamentaria, afirmaciones que son muy importantes, tales como ésta: "la distancia entre los países en desarrollo en el sur y de los países ricos en el norte se está ensanchan-

do; la conferencia de la UNCTAD en Ginebra, no fue un éxito; la de Nueva Delhi, fue un fracaso. Desigualdades entre las naciones y entre los individuos, allí reside el problema fundamental del desarrollo. Esas desigualdades son causadas cuando se rige el crecimiento por las solas leyes de la competencia y del beneficio". Estas palabras están en documentos oficiales, en la carpeta de cada uno de ustedes.

Los países en desarrollo hemos estado viendo constantemente cómo han venido sufriendo aumentos incontenibles los precios de los productos manufacturados, elaborados por los países industriales, mientras se han querido mantener congelados o en situación de deterioro, los precios de los productos primarios con los cuales aportamos un inmenso caudal a la transformación de la humanidad. No creemos nosotros que la circunstancia de tener más poder, más riqueza, dé mayores derechos, sino que más bien debe producir, para los pueblos que los tienen, mayores obligaciones. Y esto, que lo hemos planteado con frecuencia ante dirigentes de países de una gran influencia en el mundo, a veces hemos visto que abre buenas intenciones, que en ocasiones, se encuentran con las resistencias de los contribuyentes, que son los electores, y que a través de los votos en los parlamentos ponen dificultad en los programas y quieren contener las relaciones entre los pueblos en moldes anacrónicos que ya no se adaptan a las necesidades de la humanidad. Por eso la importancia de lo que los parlamentos puedan lograr cuando estas afirmaciones se conviertan en verdades tangibles. Recientemente Venezuela y los demás países exportadores de petróleo, han logrado en las relaciones comerciales internacionales, un paso de significativa importancia que representa algo en la marcha

hacia la Justicia Social Internacional: países distantes por la geografía, por encima de todas las diferencias que pudieran existir entre ellos, se han puesto de acuerdo a fin de reclamar para una materia prima, indispensable en la producción de energía y en la generación de desarrollo y de civilización, un reconocimiento de mejoras de precio, señalando como elementos objetivos, que a través de una década, mientras los productos industriales y los salarios de los trabajadores de países industrializados, y los impuestos percibidos por las grandes potencias, han venido subiendo ilimitadamente, los precios de esa materia fundamental continuaban en posición de estancamiento y de deterioro, que hacía necesaria una actitud solidaria y decidida para reclamar lo que en justicia nos correspondía. Y todavía hoy existen voces que se alzan en los países desarrollados, para decirle a sus consumidores que va a subir el precio de la vida porque Venezuela, el Irán y los países del Medio Oriente o del Norte de Africa, han reclamado con justicia mejores precios para su petróleo; y cuando se va a descomponer lo que cada consumidor paga por un galón de gasolina que utiliza, todavía resulta que es muy pequeño el porcentaje que va a los productores; y que la inmensa cantidad del dinero que el consumidor paga, va a los distribuidores, a los refinadores, a los intermediarios y a los Estados, a través de impuestos que se pagan a veces en proporción muy alta al valor que se está abonando por el producto fundamentalmente obtenido.

LA SOLIDARIDAD ENTRE LOS HOMBRES

Esta son cuestiones claras, esenciales, fundamentales, que un organismo como la Comisión Interpara-

mentaria Mundial no puede olvidar, porque hacerlo sería menospreciar la situación del mundo dentro del cual vive; sería desdeñar los principios fundamentales que la hacen reclamar respeto, aprecio y consideración para su labor. Para ello no bastan la preocupación y la buena voluntad de los gobiernos; no son suficientes la noble intención y las hermosas declaraciones de los parlamentos, ni tampoco los generosos anhelos de los pueblos; es necesario integrar y armonizar todos estos factores, compactándolos en una voluntad de entendimiento noble y genuino, para que la dignidad, la libertad, la soberanía, la autodeterminación, la solidaridad entre los hombres, no constituyan una bella ilusión y una utopía lejana, sino una realidad que nos haga pensar que verdaderamente podemos esperar con serena confianza los años que vienen, en los cuales vamos o hacia una espantosa catástrofe, que tenemos la posibilidad y el deber de evitar, o hacia la conquista de normas de vida que nos permitan medir los años como pasos siempre más efectivos en el mejoramiento de nuestra existencia.

Señores parlamentarios: Venezuela está conmemorando, como tuvo la amabilidad de recordarlo en sus generosas palabras el Presidente de la Unión Interparlamentaria, los ciento cincuenta años de la gloriosa Batalla de Carabobo, en la cual quedó asegurada nuestra Independencia. Quisiera expresar que los resultados de esa batalla fueron definitivos porque tenía antecedentes parlamentarios, claros y precisos. La lucha por la Independencia nació en el parlamento, romántica quizás, pero inspirada en la convicción de los derechos de los ciudadanos y de los pueblos.

El Congreso de 1811 asumió la representación soberana del país y lo presentó ante la faz del mundo

en ejercicio de sus plenos derechos derivados de la Independencia. Si 10 años más tarde, la Batalla de Carabobo liquidó la resistencia armada contra la ejecución de la voluntad nacional, el hecho de la Independencia pudo verse así como la conjugación de los factores jurídico y militar, político e histórico que nos hicieron definitivamente emerger como una entidad respetable en el concierto de los pueblos civilizados. Y tuvo otro antecedente parlamentario anterior, porque apenas dos años atrás, en la pequeña ciudad de Angostura, en las márgenes del Orinoco, Bolívar pronunció ante un Congreso —que más que representación era un símbolo de las instituciones republicanas— uno de los más estupendos discursos políticos que se hayan pronunciado en el mundo. De allí salió Bolívar a pasar los Andes, a ganar la Batalla de Boyacá, que le abrió las puertas de Bogotá, capital del Virreinato neogranadino y, sobre la marcha, a libertar definitivamente a Venezuela, dejando consagrada para siempre, en la llanura de Carabobo, nuestra voluntad de independencia. Fue así como Bolívar, el animador vibrante desde la barra juvenil del Congreso de 1811, el orador y macizo pensador político del Congreso de Angostura en 1819, aparece en la Batalla de Carabobo no sólo como el General victorioso, sino como un convencido de los principios sustentados y como un estadista que buscaba en la voluntad de los pueblos la fundamentación del orden jurídico de las nuevas naciones. Para el momento en que se libraba la grande y gloriosa batalla, se estaba reuniendo en El Rosario de Cúcuta el Congreso Constituyente de la Gran Colombia.

EL MENSAJE DE BOLIVAR

Lástima grande que no pudiera haber un arreglo, un entendimiento verdaderamente firme, positivo y fe-

cundo, entre las observaciones, experiencias y preocupaciones del Libertador y las fórmulas que se establecían a través de una retórica parlamentaria que quizás no contemplaba suficientemente la realidad de los pueblos. Acaso estuvo allí el germen de las dificultades y problemas que habríamos de vivir después, pero puedo decir que el vencedor de Carabobo se presentó como el creador de Repúblicas y el hombre que con su espada, con su voluntad tenaz y con su presencia sobrecogedora, que pudo llenar las más brillantes páginas de la historia de América, era al mismo tiempo, un convencido de la institución parlamentaria, un anhelante de que el parlamento respondiera a la realidad de los pueblos, a sus necesidades y a sus destinos.

Por esto creo, honorables delegados, que el mensaje de Bolívar es oportuno aquí; que su figura no es sólo la de un héroe o la de un hombre que creía en la palabra, que creía en el parlamento, que aspiraba para los pueblos de América Latina las instituciones parlamentarias. Y que en este momento en que en todo nuestro continente una corriente de vigoroso nacionalismo hace sentir nuestras posibilidades y nuestros derechos, el mensaje de Bolívar señala los cauces verdaderos, que implican siempre respeto para el hombre y la dignidad de cada uno; atención a la felicidad del pueblo y a la seguridad social, y voluntad de proyectar nuestro destino aún más allá de nuestras posibilidades, inspirados por nuestras convicciones y por el deseo de servir a los mejores intereses de la humanidad. Con esos principios y con la voluntad de contribuir, en la medida que nos sea posible, como un pequeño país de un continente grande en posibilidades y esperanzas, recibimos a los parlamentarios del mundo entero y con toda sinceridad y modestia les recor-

damos que nuestro pueblo, como todos los pueblos, está pendiente de que los parlamentos sepan ser, en esta hora del mundo, verdaderamente responsables y eficaces en la inmensa y noble tarea que les compete.

Honorables delegados.

...der ...
...
...

...

Address by the Ex-President of the Republic

Dr. RAFAEL CALDERA

at the opening session of the 106th meeting of the
Council of World Interparliamentary Unio - Caracas, April 14th, 1971

It has been the will of Congress and it is the general feeling of Venezuelans that I should express on this solemn occasion the warmest welcome greeting on the part of our country. I wish to do so as a former parliamentarian who had the honor of attending certain important conferences of the Union and whose privilege it was to preside the first Venezuelan delegation, upon same being incorporated into this important organization.

I desire to speak with simple, sincere and cordial words. The whole of this country, in accepting the will of its parliament, has directed to have this meeting clothed in all solemnity, thus to express how deeply it feels or regards the life of the parliamentary institution, in the conviction that a parliament representative of the people, dynamic and efficient, constitutes the best defense of democracy, of what it stands for, the fundamental participation of the people in the decision of its destiny, and of very important values for which all of mankind has struggled and suffered.

PARLIAMENT AND DEMOCRACY

We are quite aware of the fact that in these times the questioning of democracy revolves around the

parliamentary institution and that it is the parliament's prestige that fundamentally protects the prestige of representative democracy. Any blow of force goes directly against parliamentary institution, which is its initial and fundamental target and objective, and in an experience intensely lived through, Latin American countries such as ours know perfectly well that the search for a superior destiny lies in bettering, in strengthening and in renewing their parliamentary institution and that failure to do so by any such search or quest inevitably drags with it the sinking of a series of inappreciable conquests that guarantee development of the human spirit and the defense of the rights of the people.

This prestige of parliament presupposes a revision of its own structure and you, gentlemen, representatives of all of the world's parliaments, so understand it and make it your business to analyze just what are the most appropriate mechanisms to preclude words from ever becoming choked in their midst, being mindful, however, that verbal excess should not asphyxiate the fundamental issue, which is: properly serving the essential purposes of the community.

We know that parliament is arguing, is contrast and is consensus and that, over and above negations, everything would fail if the fact of a fundamental affirmation were not forever (be) alive and present; and this affirmation which is belief, is living together, is reciprocal respect, is knowing how to listen, is arguing without annihilating oneself, is indispensably, something that, like a treasure, we should endeavor to conserve and augment, and in the Interparliamentary Union with its permanent contact of all men, of all

people and even of all political systems, there is the fundamental acknowledgment that the right of popular representativity and the expression of its anxieties and preoccupations, must be ensured, maintained and increased in all countries, thus to enable humanity to find true peace, the possibility to solve its terrible problems and of putting all peoples on the move toward the search for good and happiness.

THE POLICY OF DEVELOPMENT

Some years ago, Cecilio Acosta, a great Venezuelan intellectual - an exceptional witness to the birth of our Republic, to its development, its conflicts, that led to the civil war and the loss of our freedoms, did make the analysis of the causes of such hard political failure, and pointed out that it was not the fatality of climate, that it was not the consequence of our racial integration, that it was not the effect of an unfortunate cultural backwardness what ultimately explained the hard Venezuelan experience. It was political hatred, it was the circumstance of having unchained the passions and having the same overflow all barriers it was the feature of having sought to ignore one another, that took us out of the normal channels of the struggle within civilized institutions and led us to divide, in cruel and destructive strife, such differences as ought to have been vanquished through the creative effort of our people, that on more than one occasion has bore witness to its immense capacity for assimilating and creating what is most suitable for exalting the human spirit. We believe in the roll of parliament, that fundamentally rests upon democratic sincerity. The parliament roll that, at this

time of crisis, is under obligation to orient itself toward realization of the social change in all forms or shapes, with all shades and in the different tonalities as imposed by the different realities, but which must be profoundly inspired by the same yearnings of peace and justice. The parliament roll that should become, for an immense portion of mankind the efficient instrument of development, audacious in its conceptions conscious and mindful in its realizations, and always prone to express with profound sincerity, the true yearnings and needs of the peoples represented by the same. We feel that right at this time the developed countries are starting to look to the inside of their own conscience, thus to be able to interpret the grave difficulties being experienced in the world, and think that it is the parliaments of one and others that are called upon to become aware of themselves and to cause the peoples to become aware of themselves, thus to enable the latter to fittingly respond to the exigencies of justice and to preclude solemn declamations or speeches from leading to a sea of frustrations, but rather to achieve that such realities as have been attained through the acknowledgment of superior principles that should govern humanity, may reach the measure of success we are obliged to look for on this exceptional opportunity of the world's history.

I have been looking through some of the important papers submitted to this one hundred and sixth meeting of the Council of the Interparliamentary Union, and I have found there themes and proposed points for discussion that do represent a lot, as a creative possibility, in the future relations of peoples. There is a paper whereby the delegation of a developed country

states that it is an internal problem of each of those industrialized countries to assist public opinion to better understanding the development policy in this world, where all of the peoples are interdependent.

The Interparliamentary Union has urged all parliaments to adopt and implement the international strategy of development, and has raised its points or issues at the time the second decade of development is initiated, proclaimed by the United Nations on October 24th, 1970. Faced with this questions, I must say, as a ruler, but still more so as a citizen of a country in the process of development and as a man who aspires to a better humanity, that the efficiency and responsibility of parliaments in the construction or interpretations of any such questions, continues to be a hitch, a difficulty, but concurrently also a central possibility of the achievements that humanity should set as its objective at the present moment.

THE INTERDEPENDENCE

Often the governments eventually arrive at an understanding, more or less, of the issues being raised, on behalf of many peoples, by other governments who feel themselves responsible for the destiny of their communities. The situation is not rare where good intentions suffer shipwreck, faced with the resistance offered by parliaments, which later, perhaps, because of expressing somewhat limited views of the electors, instead of assuming a leading function or attitude to put through to those who have sent them to their seats in parliament, a thorough comprehension of the problems, allow themselves to be dragged away at

certain times by negations which progressively fill with skepticism the spirit of the peoples to which great promises of international cooperation have previously been formulated.

This is the way Interparliamentary Union understands, and I must express here that I have been deeply impressed by the modernity of its issues as raised, by the preoccupation displayed in the questions here being formulated, the frankness with which methods are advocated for attaining fundamental targets of friendship, of integration and of intercourse. As a participant in the meetings of the World Parliamentary Union, I have, sometimes, been made the object of criticism which all of us have had to endure, to the effect that meetings such as this may, on occasions, be turned into some sort of high-spirited international political tourism. There are many kinds of tourism, and if this activity represents an industry which in the very same development plans is pointed out as a remedy of the great inequalities, because the regions that own lesser economical resources and greater natural assets, do on that account receive something of what is overabundant in the more developed and industrialized regions from the economical viewpoint, the fundamental point to be found by us in the constant and everpresent emigration of men from one to the other people, is to get to know one another, to appreciate one another, to discuss, to present or submit in the civilized contradiction the different points of view, and to draw conclusions to the effect that an isolated people, an isolated continent, however great and mighty it may be and no matter how plentiful its resources, already lacks any sense and development possibilities, and still much less, any

possibilities of a sure look into the future, if no such thing as harmony and an understanding is achieved amongst all peoples based on values that are present in the conscience of the humblest of all men.

In serving as a host for the meeting of the Council of the World Interparliamentary Union, the Venezuelan Congress presents and introduces itself with modesty, but with satisfaction, as an open parliament, where all ideas meet with a receptive attitude, where all men are welcome if they choose to be present, where zero comma 55 percent of the votes cast, or perhaps, somewhat less, suffices to ensure a vote and voice for any sector of the community. And within the permanent discussing of the constant dialectics that is representative of the parliamentary institution, within the difficulties and insufficiencies of parliamentary mechanisms, we are succeeding in creating in this country, in the other State organizations and organs and within the very same parliament, the awareness that all of us are fundamentally a harmonious unity; that for serving the community it is necessary to form a part thereof, and that the division of powers is already a concept that has since been surpassed, within which each branch of the Public Power has its particular functions and its particular responsibilities of a specific nature, but all of them constitute such part of the organic unit, the obligation of which is ultimately to satisfy the country's needs and demands.

Here we have faith in democracy, because we have lived it through in the midst of many sufferings, because it is not for us a merely formal attitude, but rather the expression of a yearning that gradually overflowed and purified itself in the national spirit,

while passing through many misfortunes and because we know that there is no objective that cannot be attained through the means of democratic institutions when the latter do wish to adequately respond to their assigned purposes; because the achievements thus secured are more solid, more permanent and more representative when they do not stand for the unipersonal will of a ruler or the interested or based imposition of a group, but the result of the conjugation of the viewpoints of all the various sectors that make up the life or composition of a certain conglomerate. We know, furthermore, that this one parliament needs in order to live and disseminate its action, a suitable and propitious environment, and to that end, the press and the other social communication means, are, in a way, a sort of prolongation of the parliament, within which all of the groups and opinions are afforded the opportunity to express themselves.

In the old juridical architecture of our colonial society, there existed the institution of the Open Municipal Council, which used to assemble around the municipal corporation, all of the citizens who on the public square, on solemn occasions, were in the habit of getting together in order to make their presence felt. It occurs to me that, in a way, the press and the social communication means are a sort of open parliament, where there is always the opportunity for the entire nation, to manifest and express itself. Where those groups or trends or opinions which, because of one or the other circumstances have been denied the opportunity to formally express themselves within the parliament, may also be present, succeed in having their voices listened to and cause the eyes of the community to turn to their own issues, points of view or interests.

NECESSARY SOLIDARITY

But particularly from the viewpoint of international relations, there is a subject that is especially dear to us and regarding which we somehow feel obliged to refer to, every time that a group of influential personalities gathers in the life of the various countries of the world: we believe that is necessary to bring into the reality of the juridical order, International Social Justice. It can hardly be explained how humanity which through a century has succeeded in posing social justice as a standard of domestic relations within each individual country, should still aspire to continue carrying international relations through the old channels or principles, under the old patterns of communitative justice, starting from a juridical equality which we ought to affirm on the facts and which oftentimes is disclaimed in the realities, while pretending to ignore the differences in power, in richness, in influence or in needs, as existing among the various regions of the earth. We do not want any more commercial treaties where the poor countries and the rich regulate their relations as if pretending to ignore the greater capacities and the greater responsibilities of each and everyone of them; we cannot admit international cooperation for development to be a sort of capricious philanthropy or an instrument of forced imposition of given attitudes or given policy standards. If international community actually exist, we have the right to claim what is indispensable for such community to function; and just as within each country, every man has a series of fundamental rights set up in the constitutions, in a like manner, within the world community, each people has the right to live, to develop and to transform itself, thus to give to its

own components the possibility of sharing in the progress of mankind and in the benefits of technological and economic advancement.

We do believe in International Social Justice, and we find in the papers as submitted for this Meeting of the Interparliamentary Union Council, statements that are very important, such as this: "the distance among the countries in the process of development down South and the rich countries up North is getting longer; the UNCTAD conference at Geneva was not successful; the one held at New Delhi, was a failure. Inequalities as between nations and as between individuals, that is where the fundamental problem of development lies. These inequalities are caused or called into life when growth is governed by the sole laws of competition and of earnings". These worlds are in official documents, in the folder of each one of you. The countries in the process of development have constantly been perceiving, how manufactured products turned out by industrial countries have been undergoing unrestricted price increases, whereas prices of primary products with which we do make an immense contribution to the transformation of mankind have been sought to kept frozen or in a deterioration position. We do not believe that the circumstance of being more powerful, of being richer, should give greater rights, but that it should rather produce, for the peoples possessing the same, greater obligations. And this point, which we have frequently raised before leaders of countries having a great influence in the world, sometimes has been seen by us to open up good intentions, that on occasions meet with the resistance of taxpayers, who are the electors, and who through the votes cast in parliaments, hamper

the programs and desire to place the relations between peoples in anachronical molds that no longer fit the needs of humanity. From this stems the importance of what parliaments may accomplish when these statements are converted into tangible truths. Recently, Venezuela and the other petroleum exporting countries, have attained in international commercial relations, a step of significant importance that does represent something in the forward march toward International Social Justice; far-off countries in a geographical sense, disregarding such differences as might exist between them, have reached an agreement in order to claim for a raw material, essential in the production of energy and in the generation of development and of civilization, an admittance of better prices, whilst pointing out as objective elements that all through a decade, while the industrial products and the worker's salaries in industrialized countries, have been increasing without limitation, as have also the taxes levied by the great powers, the prices of that same fundamental raw material continued to be in a stagnant and deterioration position, which necessitated a solidary and decided action to claim what in all fairness was our due. And even today, voices are uttered in the developed countries, to tell their consumers that the cost living is going to be raised because Venezuela, Iran and the countries of the Middle East or of Northern Africa, have rightfully claimed better prices for their oil; and when a breakdown is made of what each consumer pays for a gallon of gasoline he utilizes, it still turns out that the percentage going to producers is very small; and that the enormous sums of money being paid by the consumer, goes to distributors, to refiners, to intermediaries and to the States, through taxes being

sometimes levied in a very high proportion to the value actually being paid out for the product as fundamentally obtained.

These are clear-cut, essential, fundamental question which an organization like the World Interparliamentary Commission cannot afford to overlook, because otherwise any such action would be tantamount to despising the situation of the world within which it lives; it would be to show contempt for the fundamental principles that claim for it respect, appreciation and consideration for the work it accomplishes. To that end, the preoccupation and good will of governments are not enough, the noble intention and the beautiful declaration of parliaments are not sufficient, nor the generous yearnings of the peoples; it is necessary to integrate and harmonize all of these factors, whilst compacting them in a desire of noble and genuine understanding thus to preclude that dignity, freedom, sovereignty, autodetermination, solidarity amongst men, from constituting a beautiful delusion and a far-off utopy, but should rather become a realization that makes us think that we can truly look forward to, with serene confidence, the coming years, in which we are either headed to a frightful catastrophe, which we have the possibility and the duty to avoid, or the conquest of living standards that permit us to regard the years as always and more effective steps in the betterment of our existence.

Gentlemen parliametarians: Venezuela is commemorating, as the President of the Interparliamentary Union was so kind as to recall in his generous words, the one hundred and fiftieth anniversary of the glorious Battle of Carabobo, which assured our independence.

I should like to state that the results of that battle were final, because it had parliamentary, clear-cut and precise antecedents. The struggle for Independence was born in parliament, romantic-wise perhaps, but inspired in the conviction of the citizens' and peoples' rights.

The Congress of 1811 assumed the sovereign representation of the country and presented the latter before the face of the world in the exercise of its full rights derived from Independence. If 10 years later, the Battle of Carabobo did liquidate the armed resistance against the exercise of the national will, the fact that Independence could be regarded as the conjugation of the juridical and military, political and historial factors that caused us definitely to emerge as a respectable entity in the group of civilized peoples. And it had yet another parliamentary antecedent, because barely two years before, at the small town of Angosture, on the banks of the Orinoco River, Bolívar delivered before a Congress which more than a representation was rather a symbol of republican institution - one of the most stupendous political speeches ever to be delivered throughout the world. From there Bolívar sallied forth to traverse the Andes, and win the Battles of Boyacá, which opened for him the doors of Bogotá, the capital of the New Granada Viceroyship, and immediately thereafter, to definitely liberate Venezuela, leaving forever testimony, in the plains of Carabobo, or our irreducible desire for independence. Thus it was that Bolívar, the vibrant animator from the youthful visitors' gallery of the 1811 Congress, the orator and massive political thinker at the Congress of Angostura in 1819, appears at the Battle of Carabobo not only as the victorious General,

but as a person convinced of the principles upheld, and as a statesman who searched in the desire of the peoples for the fundamentation of the juridical order of the new nations. At the time that the great and glorious battle was being waged, the Constituent Congress of Greater Colombia was being convened at El Rosario de Cúcuta.

It is a great pity indeed that no such thing as an agreement, a truly steady, positive and fruitful understanding could ever be had, between the observations, experiences and preoccupations of the Liberator and such formulae as were being established through a parliamentary rhetoric that perhaps did not sufficiently visualize the reality of the peoples. Conceivably the germ of the difficulties and problems that we were to live through in later years, was there, but I can say that the victor of Carabobo showed himself to be the creator of Republics and the man who with his sword, his tenacious will and his overpowering presence, who was able to fill the most brilliant pages of American history, was at the same time a man persuaded of the goodness of parliamentary institution, a man that yearned for parliament to adequately respond to the reality of peoples, to the destinies and needs thereof.

This is why I believe, honorable delegates, that Bolívar's message is opportune and to the point here; that his figure is not only that of a hero or that of a man who believe in the word, who believe in parliament, who aspired for all of the peoples of Latin America the parliamentary institutions. And that right at this moment when throughout our continent a current of vigorous nationalism makes our possibilities

and our rights come into their own, Bolívar's message points to the real channels, that always imply respect for Man and the dignity of each individual; heeding the people's happiness and social safety, and the will to project our destiny still farther beyond our possibilities, inspired by our convictions and by the desire to serve mankind's best interests. With those principles and with the will to contribute, to the extent that such is possible to us, as a small country in a continent great in possibilities and hopeful expectations, we receive the parliamentarians from all over the world and with all sincerity and modesty we remind them that our people, like all other peoples, would like to see that parliaments live up to expectations and at this time be truly responsible and efficacious as regards the immense and noble task that is their share.

Honorable delegates.